

al Mayor General de los Ejércitos de Venezuela, el prestigioso cubano Don RAFAEL QUESADA LOYNAZ, víctima de una operación quirúrgica en la garganta.

El General QUESADA se hizo un militar aguerrido en la República de México, donde obtuvo el grado de Comandante, y fué uno de los jefes que formaron el cuadro en la ejecución del príncipe Maximiliano, usurpador de la libertad é independencia de la patria del Padre Hidalgo y de Juárez.

Marchó á Cuba, su patria natal, cuando el grito de Yara, y fué felicísimo en las distintas expediciones de armas y municiones que condujo á aquellas playas.

Más tarde, y terminada accidentalmente aquella gloriosa lucha del patriotismo, se trasladó á Venezuela donde fué ascendido á Mayor General.

En estos momentos en que ofrecía sus riquezas y propia persona para marchar otra vez á combatir la tiranía en su infortunada Cuba, y que esperaba hallarse bien de salud para llevar á cabo sus vehementes deseos, muere inesperadamente.

Cuba pierde un hijo predilecto y el Ejército Libertador un soldado valeroso.

Al dolor de su respetable familia, unimos el nuestro. Al amigo que nos abandona, un Adiós!

TANO.

A LA MEMORIA DE JOSE MARTI

Dios recibe con cariño, desde la plegaria dulce y armoniosa, hasta la más rústica oración del hombre perdido en las soledades, de ese salvaje de pobre vocabulario; porque ambos llevan un sello: el sello del respeto y cariño. Una corona fúnebre, poco artística, entre las muchas tributadas á Martí, hará un contraste tal vez, pero el contraste obedecerá puramente á la forma externa.

En mis palabras no se encontrarán frases maestras y galanas, porque el principiante es como el arroyo que al bajar por la pendiente sólo obedece á la fuerza superior que lo impele.

He visto la imagen, y me acerco, como verdadero creyente, á orar ante ella; he visto al Libertador y me pongo de hinojos para llamarle padre, después lo veo sacrificarse por la patria, y hoy lo adoro en esencia; porque para mí tiene algo de divino, porque á mí todo patriota me enloquece y porque creo que ante el recuerdo de la Patria no hay corazón que no palpite, ni espíritu que no se inflame.

No soy escritor ni tengo esas pretensiones; lejos, bastante lejos está de mí esa idea, y sin embargo ¿por qué no he de decirlo? hoy tomo la pluma impulsado por un pensamiento muy superior, cual es el de mostrar una vez más mis simpatías por la causa de Cuba y tributar un homenaje á la memoria de ese héroe, de esa gran figura que se llamó José Martí y que la posteridad llamará el Bolívar antillano.

Todo pueblo por pequeño que sea, tiene siempre sus glorias; no podría concebirse que Cuba siguiera en su triste y soporosa vida: era preciso tener glorias, era un derecho tener patria.

Vino la lucha; no pudo darse cosa más grande. Los que un tiempo fueron gloria y honra de España, aquellos descendientes de los famosos tercios, que apresaron reyes y humillaron naciones, caían lastimosamente á los golpes del patriota, y sin laureles porque luchaban por una causa infame.

El cubano capituló al fin, pero con honra, jamás vencido.

Después vino siempre lo tenebroso; el español era intransigente, siguió siendo el mismo.

¿Que sucedería?

Todos lo presentían, pero todos callaban.

Parecía que después de la pasada lucha no le quedaría al cubano más que una cadena en pago de su heroísmo y la eterna abyección, en cambio de sus hermosos ideales.

Los hechos lo probaban. Sus literatos, sus generales y sus más conspicuos patriotas, andaban errantes por todo el litoral americano; para ellos el aire de su patria ultrajada, era mortífero; allí había una plaga peor que el cólera morbo, allí estaba lo abominable.

Acometer una nueva lucha en tales circunstancias, era temerario, casi ridículo; unir el blanco al negro por la causa común, era una quimera.

¿Quién, pues, sería ese genio que con atrayente palabra uniría nuevamente esas masas tan profundamente desligadas, y haría de lo imposible lo posible?

Todos esperaban á ese genio, lo conocían, lo amaban, lo adoraban y callaban.

Y así como sabemos por nuestras religiosas tradiciones, que cuando el mundo estaba próximo á hundirse, en medio de la imposición de los unos sobre los otros

y en el exceso del epicurismo más brutal, todos presentían y esperaban la palabra del gran filósofo, del Divino Maestro, así el pueblo de la Grande Antilla, expandiendo delitos que no había cometido, viendo su dignidad hecha pedazos, dirigía sus miradas al que incesantemente iba y venía desde la patria de Jefferson, hasta la del héroe de Yapuyú. Era que esperaba su mesías, era que desde su prisión oía la voz de aliento de su orador divino.

Allá de tiempo y como para darnos vivos ejemplos de gloriosa constancia, la humanidad hace surgir de su fecundo seno, ciertas figuras extraordinarias que los antiguos, no comprendiéndolas, las creían animadas por espíritus que llamaban genios y que hoy nosotros, sin comprenderlas tampoco, les construimos templos ideales, les damos por asilo el infinito y les guardamos eterno y reconocido culto.

No quiero traer á mi mente el recuerdo de los que en distintas épocas y con ejemplar desprendimiento, se han convertido en padres de su pueblo y entregado su vida en aras de la patria; ellos son muchos, la historia de las naciones los presenta á nuestros ojos en grandes páginas, cuyos rayos, cuyos episodios tienen en nosotros tal influencia, que nos sentimos anonadados, semejante á esas emociones que se experimentan, á la vista, por primera vez, de las molles gigantescas del océano.

Basta un momento de meditación, para que nuestro atrevido pensamiento conciba esas figuras, y que mudas, pero solemnes, desfilen ante nosotros, y podamos decir: allá va Moisés, allá Solón, allá Foción, allá Aristides, allá Sócrates, allá Simón, allá Leónidas, allá Demóstenes, allá Jesús, allá Tarquino, allá Anibal, allá Régulo, allá Mahoma, allá Isabel la Católica, allá Kosciusko, allá Manzini, allá Washington, allá Bolívar, allá Lincoln.....

¡Deteneos! que allá en el fondo de ese cuadro que absortos contempláis, veréis elevarse, rodeado de la interminable cohorte de próceres y con las aureolas del siglo XIX que termina, la figura excelsa de un nuevo Redentor, cuyo lema fué, en las largas peregrinaciones de su fatigada vida, las dos bellas palabras de "Patria y Libertad."

Es el maestro, el infatigable soñador, el que encendió en los corazones el fuego del deseo, el

que hizo sonreír en la mente de su pueblo una idea; el fué el padre de sus conciudadanos, quien recorriendo de zona á zona, fué en busca de los principios y buscando más luz para su antorcha, el que mostrando á sus compatriotas el verdadero camino de salvación, supo guiarlos y ordenarlos; él era la luz viva de los principios, la encarnación pura de la libertad, ¡oh, sí! y tan grande alma, solo la pudo poseer un José Martí.

Pero ¡ay! el Moisés solo tuvo tiempo para mostrar á su pueblo desde la elevada cumbre de sus ideas, el país nuevo y vigoroso que debía llamarse "Cuba Libertada;" él cayó en medio de sus glorias, pero dejando bien solidificados sus principios, que serán luz para sacar aquel pueblo del caos á que lo han conducido los hispanos mandarines.

Al caer el noble Martí, no dijo como el héroe de Maciejowice: "finis", sino como el vencedor de Farnaces, "vici" y esa lucha mil veces heroica que hoy se libra en su patrio suelo, será la columna más honrosa que contemplarán las futuras generaciones en loor al héroe, y la divinidad sonriente de Cuba Libre, será la corona que adornará ese monumento.

¡Martí!! Perdón, oh padre; tú mereces las estrofas de Osian; yo no tengo musas que me ayuden á glorificar tu nombre y á ensalzar tus grandezas; tengo sí un corazón que siente y que con infantil timidez se acerca hoy á tu sepulcro á depositar la humilde palma que te ofrece.

LEÓNIDAS BRICEÑO.

LO QUE VA DE AYER A HOY

No ha mucho tiempo, cuando llegaron los 40,000 soldados españoles á Cuba, dijeron que cuando la Isla estuviera en completa paz darían la autonomía, y el Sr. Cánovas dijo: "la autonomía será balas, y más balas, perderá España el último hombre, la peseta mas escondida en el tesoro y correrá la última gota de sangre, entonces se les dará la autonomía" y ahora salen con que, si se rinden les darán la autonomía, ¡ca, hombre, ca! ya es tarde, el pueblo cubano no pelea por conseguir el triunfo de un partido que en la hora del deber no supo retraerse; Máximo Gómez, Maceo, García, Carrillo, Bandera y Rabi no están exponiendo sus existencias por el paliativo engañoso